



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Miguel Ramos Carrión.)



—Me pregunta la gente interesada
que si está ya corriente
el Agua, azucarillos y aguardiente.
Granda dice que sí. Yo... ¡no sé nada!

SUMARIO

Texto: De todo un poco, por Luis Taboada.—A don Juan Pérez Zúñiga, por Ángel R. Chaves.—¡Ay, pantorrillas!, por Eduardo de Palacio.—Cartas de una madrileña a una provinciana sobre cosas de la corte, por Jacinto Octavio Picón.—Ya llegó, por Eduardo Bustillo.—Un par de Guadalupe, por Juan Pérez Zúñiga.—Amorosas, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

Grabados: Instantáneas: Miguel Ramos Carrión.—El noble sport.—Variedades (nueve viñetas).—Susana, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Los teatros donde se cultiva el llamado género chico han abierto sus puertas. Los del género grande forman a toda prisa sus elencos y se preparan a devorarse.

Este año va a haber de todo: buenas obras, excelentes actores, dirección esmerada, decoraciones nuevas... todo, menos

público que pague, porque ya es sabido que el público desembolsa su dinero con gran dificultad y que casi todos los madrileños aspiran a entrar gratis en nuestros teatros.

Hay una porción de gente que se sienta en las butacas de atrás por derecho propio.

Conozco dos señoritas con madre verbosa y fea que vienen usufructuando tres butacas de última fila desde tiempo inmemorial. Ellas se arreglan de modo que no pagan nunca, y es porque han aprendido declamación en el Conservatorio, y se creen con derecho a divertirse de balde.

Lo primero que hace la mamá cuando comienza la temporada cómica es ir a ver al empresario y decirle:

—Beso a usted la mano.

—Servidor de usted.

—Yo soy la viuda de Almazarrón, el barba que era los pies y las manos de D.ª Matilde Díez. En los papeles de padre iracundo no ha habido quien le pusiera el pie delante, como usted recordará.

—Bueno, al grano.

—Pues yo tengo dos hijas *alurnas* del Conservatorio y las pobres han nacido con mala estrella, pues la mayor estuvo en relaciones con un pillo y nos engañó miserablemente, a consecuencia de lo cual a ella le quedaron unas palpitaciones al corazón, porque estaba muy enamorada, y no puede dedicarse a las tablas, y la más pequeña tiene un infarto en el hígado, que dice el médico que es ya como una esponja de las chicas.

—Bueno, pues usted dirá.

—Nosotras lo que queremos es tener entrada gratis y poder nos sentar. Ya ve usted: yo he nacido en las tablas, como quien dice, porque papá, que en paz descanse, era traspunte de Valero y el pobrecito se quedó viudo muy joven, y a mí me sacó adelante un tramoyista con biberón.

El empresario tiene que acceder a la solicitud de aquella señora, y desde aquel momento no hay fuerzas humanas que la levanten de la última fila, donde se sientan otras muchas personas en calidad de amigas de la empresa o de parientes de los actores o de poetas inspirados, pero desconocidos, que viven esperando el día de la gloria y de la alimentación.

No hay empresa que consiga desterrar de los teatros estos abusos perjudiciales.

Uno se sienta gratis porque está de huésped en casa de la madre de la característica y ésta se ha contratado con la condición de que le dejen pasar; otro tiene entrada franca porque en cierta ocasión le dió una receta al empresario para hacer tinta y ha sabido hacer valer el servicio diciéndole:

—¿Conque se ha quedado usted con la empresa de la Alhambra?

—Sí, señor.

—Vaya, hombre, me alegro. Y ¿qué tal, se escribe mucho? Hombre, a propósito de escribir, ¿le ha salido a usted buena la tinta?... Sí, ¿eh? Lo celebro. Pues yo no quiero dar a nadie la receta porque es un secreto de familia; pero a usted le he servido con mucho gusto por ser hombre reservado... Yo venía a pedirle a usted una tarjetita para entrar en el teatro porque no quiero que me molesten los de la puerta. Soy muy delicado para estas cosas.

Además de las personas que penetran sin billete, hay quien pide entradas de favor para su familia y amigos, como hace Felipín, joven audaz, que ha sido director de un periódico dominiguero con monos y se las echa de primo segundo, por parte de madre, de una segunda tiple que murió de las virtudes en Barbastro.

El tal joven entra en todos los coliseos con sus dos naturalezas, la de escritor público y la de pariente artístico, y los empresarios se han acostumbrado a verle y a oírle disparatar, porque es de los que hablan realo y siempre están diciendo que van a escribir un artículo «pegando palos», no se sabe dónde.

Es chico de muy buenos conocimientos y cifra todo su orgullo en poder decir a la gente sencilla y candorosa:

—¿Quién, yo? Yo en los teatros tengo cuanto quiero, ¿no ve usted que escribo?

—¿Caramb! Ustedes los literatos son muy felices contesta un padre de familia. Bien podía usted darnos unos billetes para ver a la Guerrero.

Y Felipín, que no se para en barras, pide un palco segundo para complacer a aquella familia, haciéndola completamente dichosa.

—¡Ea! ¡A vestirse! —grita el amoroso padre, rebosando júbilo.—Y fríega bien a los niños. Aniceta.

La señora de la casa no llega a contenerse de que tiene un palco por primera vez en su vida, y se engalana con todo esmero, no sin cepillar antes la levita de su esposo y lavarles las manos a los chiquillos para que no la avergüencen en público.

Aquella casa se convierte, durante la media hora que dura la *toilette*, en verdadero campo de Agramante; cubren el pavimento de botas viejas y pantalones injuriados por el uso; pelnes y cepillos pasan de mano en mano y todos preguntan por el jabón, como si quisieran comérselo.

—Aniceta—dice el esposo.—A ver si esto que tengo aquí junto a la sien es una mancha o un grano.

—Déjame en paz que son las ocho... A ver, Pepito, frótate la nariz con esta servilleta, que no quiero verte en el palco hecho un sucio. Si fuéramos a la entrada general no me importaría.

—Sí; el palco es una localidad muy descarada y hay que presentarse limpios, porque Felipín le habrá hablado de nosotros a la Guerrero y nos querrá conocer—añade el papá, chapuzándose en la palangana.

¡Oh, familia feliz!

Si los empresarios supieran cuánta dicha proporcionan a algunas personas cuando les dan billetes de favor, abrirían más la mano.

¡Y eso que ya la abren bastante!

Luis Taboada.

A DON JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

(RESPUESTA)

Señor don Juan Pérez Zúñiga,
Madrid y Setiembre a ocho
del año noventa y cinco
del siglo decimonono.
Querido amigo y colega:
Con pena, al par que con gozo,
de tu cariñosa carta,
no digo que el sobre he roto,
porque tú dices que abierta
venía, y yo te respondo
que sólo llegó a mis manos
impresa en el Madrid Comico.
El gozo ya te lo explico,
pues te debe ser notorio

que el tener noticias tuyas
me causa siempre alboroto;
y que he de tener por pena
ser que, cuando te supongo
entregado en ese pueblo
al más tranquilo reposo,
me daña que con la lengua
de fuera vas como un loco,
de acá para allá buscando
dos cornetes, un bombo,
un cura de poco provecho,
un polvorista piadoso
y, lo que es más peliagudo,
hasta un matador de toros

que sepa ayudar á miss, si es posible, pues supongo que os hará falta en la iglesia teniendo un sacristán solo? ¿Tú andando en tales fregados? ¿Tú metido á mayordomo fester? ¡Por Cristo vivo, don Juan, que no te conozco! Lo malo es que yo ayudarte quisiera y no encuentro modo, pues sobre ser en liturgia y en pirotécnica un trompa, me tiene la taumomaquia tan trastornado el meollo, con esto de andar corriendo de Ajofrín á Saccorbo para dar en *El Enano* el informe luminoso de lo que hizo *El Enagüitar* ó de cómo quedó *El Félipo*, que, amén de tener el físico paliducho y ojeroso, siento amargado el cerebro de lamentables trastornos. La prueba es que, si me obstino en hacer un episodio de esos con que doy la lata en este y otros periódicos, quiero decir, por ejemplo, que Juan Martín valeroso derrotó al general Hugo junto á Jadraque, pues pongo muy serio: «El Empeccinado tomó al francés sobre corto y, previos seis naturales, de un volapié le hizo polvo. ¿Qué más? ¡Si leyendo anoche á un crítico prestigioso, empeñado en foguearle, saqué ya el pañuelo rojo!

Y si alguno me pregunta por un estreno, respondo al punto: «Al corral le echaron al autor; pero Manolo Rodríguez hizo un desplante, entró á matar con aplomo y con tabacos y palmas fué al final sacado en hombros». Con estos antecedentes, ya ves que estoy para poco; sin embargo, me he ocupado en tu asunto, y ya dispongo de tres buenos matadores, que, aunque yo no los conozco, me dicen que, comparado con ellos Guerra, es un congrio, y que por los treinta reales, poniendo la gente y todo, matarán cuanto en sus prados crían del Duque hasta el Mosco. Ya me escribirás; no sigo; me aguarda un poema heroico que le estoy haciendo á Iglesias, «á un par sesgando del *Alonso*. Amalio y Bassato encargan te dé un abrazo corpóreo; Pastor y Cilla no han vacito; Silva te devuelve el ósculo y Sinisio nada dice, pues, por respeto á nosotros, con un autor primerizo está encerrado en el foso. Si está Donato Jiménez en ésa, dí que me postro á sus pies, que no son chicos; mis recuerdos cariñosos da al fiel de fechos y al cura, y en acabando los toros, si aún tengo salud y vida, dispón de mí para todo.

Angel R. Chaves.

¡Ay, pantorrillas!

No es que llamo la atención de ustedes. Es que leo un anuncio. Y dice así, al poco más ó menos: «Era una necesidad imperiosa la de la reforma del vestido para las jóvenes señoritas ciclistas. »La falda era un estorbo. »Una voz secreta decía en los oídos de esas muchachas entusiastas por la bicicleta:—¡Fuera las faldas! »¿Pero cómo? se preguntaban las señoritas en sus dudas alarmantes para el femenino recato. »Entonces surgió un sastre parisién, que habló ó cortó y dijo: —¡Ah, hermosas, cuanto inocentes criaturas! ¿Vosotras no habéis conocido á Colón? ¡Nada sabéis de su ingeniosísimo huevo! »Pues bien, aquí me tenéis; yo soy vuestro Colón. Aquí está el modelo de vestido que necesitáis: una blusa elegante y sin alfiler; un calzón ancho y sujeto debajo de la rodilla; un gorriño griego ó greco-latino; un cinturón de piel de Rusia, y... »Aquí llega lo grave: medias rayadas y zapatitos también de piel de Rusia... La pantorrilla al descubierto, también rayada, esto es, cubierta por la media.» El primer paso estaba dado—que dicen los noveladores. Faltaba algo, algo muy importante. Supongamos: La joven que se siente velocipédica y se registra por dentro, y ve que usa por piernas dos cañas de Indias; la muchacha que lleva dos piernas de graciosa curva, que forman una O de adorno; la que gasta una pantorrilla que parece de diferente raza que la otra; ¿cómo harán para disimular sus imperfecciones? Los sabios de diversos países meditaron. Las Academias no llegaron á ofrecer premio al descubridor de algún aparato de embellecimiento. Pero salió un hombre, un genio en bajo relieve, que, después de estudiar profunda y atentamente los bajos femeniles, inventó lo que se deseaba. Lo que pedían las velocipedistas de todo el orbe del pedal. —¡Ay, pantorrillas! se diría repetidas veces el descubridor.—Hay pantorrillas: hemos salvado al elemento femenino del ciclismo. Las vende á la medida y á capricho de la usufructuaria. Iguales y desiguales, según las necesidades del servicio. «Hay pantorrillas de diversos precios—dice el anuncio,—aplicadas á domicilio, ó sea con asistencia y sin ella. »A la medida y á bullo.

«Se recompone las que se inutilicen en la brega. »Garantía por un año de darle al pedal, bien en bicicleta, bien afilando navajas y cuchillos. »Hay medias pantorrillas para niñas menores.» El prospecto termina con estas palabras elocuentes: «Belleza, corrección, reserva, economía, velocidad.» ¡Ah! También habrá pantorrillas de alquiler para señoras y caballeros delicados de forma. «Queda hecho el depósito que marca la ley en el ministerio del ramo.»

Del ramo de pantorrillas.

Eduardo de Palacio.

El noble sport.



—Dicen que por aquí hay muchísimos conejos. Pero se conoce que se ha corrido la voz de que yo los espero para matarlos, y hace siete horas que no pasa ninguno.

Cartas

de una madrileña á una provinciana
sobre cosas de la corte.

Querida Pepita: Aún no amarillean 'los árboles del Retiro, pero les falta poco; ya no es su verdor tan intenso ni su sombra tan tupida, señales de que acaba el verano y de que pronto acabará el veraneo, acerca del cual todavía no he podido averiguar si es moda que se ha hecho costumbre ó costumbre que se ha hecho moda.

Hace cuarenta ó cincuenta años, apenas salía de Madrid la gente durante la estación del calor. Cuando nuestras madres eran jovencitas, sólo veraneaban las damas que por razón de cargo palatino iban con la corte al Escorial ó á la Granja, las nobles de viejo cuño que con sus esposos pasaban dos ó tres semanas en el campo para vigilar á los administradores, y las mujeres ó protegidas de los banqueros y agiotistas que en compañía de éstos pasaban el otoño en París para gastar alegremente lo que ganaban con la guerra civil, la desamortiza-



—El ser buen mozo y guapo no conviene porque abundan las citas á montones, y uno por fuerza tiene que dejar las demás ocupaciones.



—¡Ay, si yo tuviera veinte años y un par de pesetas... no eran cafes con media tostada los que nos íbamos á tomar esta niña y yo! O, por lo menos, yo.



—Cuando tú bajas los ojos se me ocurre una burrada, que si me atreviera á feirtelle te pondría colorada.



—¡Qué hermosa! ¡qué bien le sienta esa mirada insolente! ¡Voy á besarle en la frente y Dios no lo tome en cuenta!

VARIEDADES



—¡Ven usté con este traje que, el Día no lo remedia, echaré á perder muy pronto revolcándome en la tierra! Pues tiene otro igual mi abuelo para andar en bicicleta; caedr á con él á la calle... ¡y no le dará vergüenza!



—¡Qué pueden decir! Que vamos del brazo y no nos hemos casado todavía! Pero, y la envidia que le van á tener todas las del barrio?



—Es él, sin duda alguna; el que me habla de dramas pastorales y me ofrece de linijos su fortuna... que yo sé que no llega á treinta reales.



—Llegamos en el exprés; espérame en la estación con dos pesetas ó tres para pagar el simón.



—Estás preocupado desde antes de anoche. Y ya sé por qué: porque te fuiste á ver á la Bella chiquita. —Es más guapa que yo? —¡Ca, mujer! ¡Ya quisiera!

ción y los empréstitos; viajes todos que eran considerados entonces como prueba de envidiable posición social y de insolente riqueza.

Para tomar aguas, más ó menos medicinales, sólo salían unos cuantos enfermos ó aprensivos: ya el señorón á quien hablaban de ciertos baños, capaces de curarle las dolorosas consecuencias de haberse divertido demasiado con las manolas del tipo de Pepa la Naranjera; ya la devota sensible que, al dirigirse á un manantial milagroso, había de hacer noche en el pueblo donde estuviere destacado un gallardo oficial que esperaba la orden de unirse con Córdoba ó Espartero. Otros aprovechaban, por lo frescos, los primeros y los últimos días del verano para visitar parientes que residían en provincias, ó para hacerse cargo de la herencia reciente; pero el veraneo, tal como ahora lo entendemos, la emigración casi á fechas fijas, so pretexto de salud, es cosa de no hace muchos años. Comenzó poco antes de terminado el ferrocarril del Norte, según se iban terminando largos tramos de vía que nos acercaban á la frontera francesa: creció luego con la apertura de otras líneas, fué en aumento con la baratura de los billetes para ir á las exposiciones universales, y finalmente, los trenes botijos lo pusieron al alcance de cuantos tienen ó hallan modo de quedar á deber un puñado de duros.

Para los hombres, sobre todo para los que pasan de cuarenta años, el veraneo es el medio de combatir con el descanso y la hidroterapia alguna causa que les aleja de nosotras... acaso por habérsenos acercado con demasiada frecuencia. Y no seas

maliciosa: sólo quiero decir lo que digo: que salen de Madrid á no trabajar y á restaurarse los pulmones, el estómago, el hígado y demás visceras ó aparatos que, hallándose en mal estado, entorpecen y aun imposibilitan lo mismo la sensibilidad física que la ternura moral, pues no hay cosa que les haga tan desabridos y egoístas como las enfermedades.

Pero habrás observado, y acaso conserves de ello dulce memoria, que no sólo veranean los enfermos y mayores de cuarenta años, sino también los sanos y más jóvenes, que pueden y deben ser objeto principal de nuestra atención. ¡Y en qué circunstancias se nos presentan! Libres de los quebraderos de cabeza que les proporciona el trabajo; respirando aire puro de monte ó puerto de mar; robustecidos, ágiles, vigorosos, contentos, animados de esa alegría comunicativa que el campo infunde á los que viven en grandes centros de población, y finalmente, descuidados de juntas, tribunales, comisiones, oficinas y Congresos, sin más ocupación que contemplarnos y servirnos.

Por la mañana nos llevan ó siguen á tomar el agua y pasearla, esperan en la playa á que salgamos del mar con la ropa pegada al cuerpo, ansiosos de que el viento levante la capa de hule, que algunas dejamos caer con tanta gracia; nos acompañan á excursiones y jiras á que vamos vestidas con trajes frescos de tonos alegres, corren tras de nosotras, agarran por donde quieren á las que se dejan coger, volvemos todos juntos emparejados después de oscurecido, nos separamos un rato para mudarnos de ropa, y á la noche vuelven á

contemplarnos en tertulias y casinos, tan compuestas y emperijiladas como en los salones de Madrid.

Añade á esto que las casitas y hotelitos rodeados de árboles, sin vecindad curiosa, los largos y oscuros pasillos de los balnearios, los corredores y cuartos de las fondas, facilitan ciertas aproximaciones, más sabrosas que las de la misma lotería, y sin que yo entre en detalles comprenderás las inmejorables condiciones en que el veraneo nos coloca.

Esta es, querida Pepita, si bien lo consideras, la verdadera causa del incremento que ha tomado la moda, costumbre, ó lo que sea, de veranear. Nosotras la hemos favorecido y fomentado, porque en Madrid durante el invierno nos disputan al hombre, desde mozo hasta viejo, la Universidad, las escuelas especiales civiles y militares, las oficinas, la política, todo, mientras en verano y en el campo nada nos le distrae.

En forzoso tributo á la hipocresía del público, que los viciosos pretendan bautizar de moralidad, desvirtuando las palabras, omito el estudio, resultados y filosofías á que se prestan las que antes he designado con el nombre de aproximaciones, y que no son sino fases de lo que en el lenguaje del amor se llama la ocasión. Y aquí necesito explicarme con la seriedad y método que exige la materia.

Ocasión es el conjunto de circunstancias, fortuitas ó buscadas, de tiempo, lugar, pasión y acción, mediante las cuales se verifica la unión amorosa de dos seres de diferente sexo.

Aclaremos los miembros de la definición. Decimos que las circunstancias son buscadas ó fortuitas según las ha procurado

ó no la voluntad. Por ejemplo: es *fortuita* la impresión de terror causada por una tormenta que hace á una señora aproximarse á un caballero: es *buscada* la turbación que produce en el ánimo de la mujer el hecho de sorprenderla en tan discreta medida, y con tal tino, que pierda serenidad sin quedar incapaz por el miedo que imposibilita el amor. En ambos casos la resistencia es insignificante. Decimos circunstancias de *tiempo* porque nada se realiza fuera de él; de *lugar*, porque el dónde es indispensable; de *pasión*, porque sin ella, ya sea en su grado mínimo, medio ó máximo, no hay propósito amoroso; y de *acción*, porque, á pesar de lo que afirman los pocos platónicos que van quedando, la pasión sin acción carece de finalidad.

Ni Aristóteles ni Kant idearon el sistema de las categorías con mayor cuidado que yo he puesto para explicarte el concepto de la ocasión. Creo que me habrás comprendido y estarás convencida de que el veraneo facilita maravillosamente las circunstancias necesarias al momento amoroso; porque durante los viajes y estancias veraniegas, el tiempo sobra, los lugares son propicios, la pasión se inicia con facilidad, gracias al roce con muchas y diversas gentes, y la acción suele ser rápida y vigorosa. Por último, durante el veraneo, la ocasión, bien sea de las que se presentan y se aprovechan, bien de las que se procuran y se logran, tiene en muchos casos el carácter distintivo de la falta de trascendencia. Para quien la utiliza sin miras ulteriores, con propósito de permanecer libre, es inapreciable; porque reúnen losa en los pueblos pequeños,

fondas, playas y balnearios familias de procedencias diversas, que á veces se separan para no volver á verse jamás, cada individuo (ó individuoa) tiene casi garantizados el secreto y la impunidad, poderosos alicientes del amor.

Las ausencias cortas á que los hombres suelen estar obligados, las dificultades con que para encontrar alojamiento se tropieza en lugares muy favorecidos y que obligan á hospedarse en sitios distintos á individuos de una misma familia, las habitaciones con puertas de comunicación, la detestable fabricación de cerraduras, y la libertad con que las mujeres andamos por toda ciudad donde nadie nos conoce, son consecuencias y recursos propios del veraneo, fácilmente aprovechables y punto menos que imposibles en Madrid.

Harto sé que son muchos los hombres incapaces de desear, ó á lo menos de buscar, á las mujeres ajenas, y muchísimas las inatacables; pero sé también que la ocasión causa estragos cuando pueden fácilmente combinarse, como en el veraneo sucede, las circunstancias expresadas. Conste, pues, que al hablar así no lo hago por dar suelta á perversiones de la imaginación, sino para señalar peligros.

La costumbre de veranear es obra nuestra, esencialmente femenina: el hombre busca en ella reposo que se traduzca en fuerza, y nosotras aprovechamos esa fuerza; sucede luego que al encontrarnos, unos descansados y otras libres, nos atraemos excitados por el aire puro del campo, por el cambio de alimentos, por mil agentes exteriores á que no puede sustraerse el organismo y que nos colocan de lleno en lo que los teólogos moralistas llaman *ocasión próxima*, estado tan propicio á toda clase de pecaminosas tentaciones que hace casi inevitable la culpa. Bien dijo Fray Luis de Granada: «...si el hombre quedó tan flaco por el pecado que él mismo de su propio estado se cae y peca sin que nadie le provoque de fuera, ¿qué hará si la ocasión le tira de la halda convidándole con la presencia del objeto y con la oportunidad del pecado?»

Mi espíritu ha pasado, sin sentirlo, de lo burlón á lo grave, de lo festivo á lo místico; así es la vida: lo que comienza en broma concluye en serio, y á veces el drama va después del sainete. Meditemos, pues, amiga mía, desconfiando del veraneo, en que, so pretexto de salud corporal, se puede perder la espiritual: acostumbremos á considerar el amor, no como aventura breve y pasajera al encuentro de la cual se sale impudicamente, sino como legítimo y continuado tributo que los hombres han de pagarnos. No nos conviene dejarles que se encariñen con la idea de que ciertos favores son cosa de verano... estación que dura poco y en que las noches son cortas. Guarda siempre en la memoria esta máxima de una señora tan discreta como experimentada: hacerse desear de los hombres es ensorbercerles autorizándoles á imaginar que alcanzan por mérito lo que deben por obligación.

Te quiere siempre

ANA GRAMA.

Por encargo suyo,

Facinto Octavio Picón.

Ya llegó.

El autor don Facundo del Refrito ha regresado al fin, después de tomar baños en Zaldívar y aguas en Mondariz.

De su vuelta á la corte nada dice la prensa de Madrid, que acostumbra dar pelos y señales de los viajes de tanto zarramplín.

Refrito es importante, más que muchos que suelen darse tono por ahí, de cosas que al país nada le importan dando cuenta al país.

Refrito viene gordo y rozagante, y... vamos al decir, hecho un galán, sin capa y sin espada, mas, como autor, tan bravo y tan gentil.

Los granos que llevaba en el cogote y el *quiste* que afeaba su nariz se le han resuelto... en obras teatrales que ha traído en alforja ó maletín.

Con recortes dramáticos franceses y fambres de ingenio más felices, émulo viene á ser de aquel gallego que en su *Café* nos pinta Moratin.

Facundo es más fecundo que un Scribe en eso de escribir, y nunca nos dirá que ha traducido, como Isidoro Gil.

Roba á Dumas, á Augier, á Victor Hugo, fusila *vaudevilles* de París, y, aumentando su renta del *trimestre*, al repertorio propio y já vivirl...

Así trae de los baños cuatro dramas,

y tres comedias que han de hacer reír, y dos zarzuelas, una de espectáculo, no sé si para Arregui ó Fiscowich.

El se dejó los granos en azufre, tomó el bicarbonato en Mondariz, y lo que trae, á cambio de los granos, no es un grano de anís.

Refrito llegó ya; y entre dos ángeles hizo ese autor su viaje hasta Madrid, cuando ha debido hacerlo entre dos números de la guardia civil.

Eduardo Bustillo.

UN PAR DE GUADALUPES

Figúrate dos cartas sobre mi mesa y dos sobres escritos en letra inglesa, y en uno de los sobres este letrero: «Á Guadalupe Troncho. Pez, seis, primero». Y en otro de los sobres, lector carísimo, estas otras palabras: «Excelentísimo señor don Guadalupe Cirio y Bonete, auditor de la Rota, Montera, siete».

Figúrate que en una de las misivas digo con frases dulces y un tanto vivas: «Guadalupe del alma, ¡ser inocente! espírame esta noche junto á la fuente. Sobre tu frente blanca, pura y *tranquila* quiero ver tu pañuelo color de lila. Y si tú á mí me quieres cual yo te quiero, ¡Dios bendiga tu garbo zaragatero!»

Figúrate que en otra de las esquelas digo en letras tamañas como ciruelas: «Guadalupe apreciable: Con la confianza que existe entre nosotros y en la esperanza de que ha de complacerme, yo le suplico que vaya á hacer un corto *panegirico* de San Roque á Valbuena de los Cipreses, pues así me lo piden sus foligreses».

Figúrate que el cambio de sobres vino; y calcula el efecto del desatino, pues como me hacen siempre lo que pretendo lo mismo la doncella que el reverendo, ¡ya me estoy figurando ver enredada con San Pedro y San Lucas á una criada, y á un auditor que espera junto á la fuente con su pañuelo lila sobre la frente!

Juan Pérez Zúñiga.

Amorosas.

Si la ocasión se presenta, niña de los ojos grandes, prefiero que digas: ¡loco! á que me creas cobarde.

La mujer, cuando falta á su marido y el marido es tan ruin que lo consiente, goza precisamente con que á fuerza de escándalo y de ruido se entere del delito mucha gente.

Á las olas del mar es parecida el au-ia del amor, potente y loca, que estalla embravecida cuando encuentra un obstáculo de roca, y en el lecho de arena muere tranquila, plácida y serena.

¿Qué tendrán los chiquillos y las mujeres que cuanto más desvelan más se los quieren!

La virtud, Filomena, trae perjuicios, porque el mundo es esclavo de los vicios, y la mujer honrada no se divierte nada, ó casi nada.

Sinecio Delgado.

Susana.



—¡Una frase!
—¡Una mirada!
—No me es posible, señores;
¡no quiero ser procesada
por... corrupción de menores!

CHISMES Y CUENTOS.

Los periódicos sensatos, que en esto de Cuba son casi todos los periódicos, se han enfadado mucho con D. Práxedes Mateo Sagasta porque este señor ha dicho, ó ha querido decir, que ya le parecían bastantes soldados los que han ido allá para acabar la guerra.

Y lo malo no es que lo haya dicho Sagasta, sino que, en secreto, estamos conformes todos los españoles.

Esto consiste en que, como no entendemos una palabra de táctica, ni de milicias, ni de campañas en la manigua, y somos unos badulaques completos, se nos figura que con ochenta mil hombres se podría hacer algo más que defender fortines.

Verdad es que nos fundamos en que hace muchos meses nos dijeron oficialmente de allá que ya había bastante, y que el sofocar la insurrección era cuestión de un par de semanas...

Porque es de notar que el general en jefe pidió, como último recurso, 14.000 soldados más. Se le enviaron 22.000, y no han llegado todavía, cuando ya se piensa en mandar otros 25.000.

De modo que... hay para escamarse, como dice el memorialista de *La canción de la Lola*.

Pero no puede uno decirlo en voz alta, porque le llaman á uno *táctico de café*, botarate, antipatriota y otras lindanzas por el estilo.

No vuelvo á confesar con don Gonzalo.
Antes que diga nada, él dice: ¡Malo!

Al arcipreste Badana
el sacristán Gil García
le hizo trizas la sotana.
—¿Cuestiones de sacristía?
—No, señor; de sacristana.

LUIS SÁNCHEZ RUBIO.

Vamos á ver si nos entendemos.

Leo en *La Época*, que actualmente en las cuestiones gubernativas tiene autoridad indiscutible:

«Digan lo que quieran algunos periódicos, lo cierto es que, hasta ahora, no ha sido resuelto el envío á Cuba de nuevos refuerzos.»

Fijense ustedes bien, no ha sido resuelto.

Y en el mismo artículo, un poco más abajo:

«...la sola sospecha de que en Cuba pudiese hacer falta un mayor contingente ha sido bastante para que el Gobierno haya organizado un ejército de veinte mil hombres, el cual se halla dispuesto á embarcar inmediatamente, si bien no lo hará antes de la última decena de Octubre...»

Pues si no ha sido resuelto todavía el envío de los refuerzos, ¿cómo es que ya se sabe cuándo ha de embarcar el nuevo ejército?

Porque antes de fijar una fecha de salida es preciso acordar la salida. ¿No le parece á usted?

En un álbum escribí
unos versitos preciosos,
y los he visto en cuarenta,
¡pero firmados por otros!

Cuando el amor se hastia,
hay una eternidad en cada día,

Al mirarte tan plotada
exclamó un amigo mío:
—¡Esa es la cara de Pepa,
ó el templo de San Francisco!

FEDERICO CAHALLERAS

La distinguida primera actriz Cobeña ha dejado de pertenecer á la compañía que dirige D. Emilio Mario.

Y en contestación á un suelto *oficioso* en que se daba cuenta de la separación, la señorita Cobeña ha dirigido una carta á *El Imparcial* explicando el lance del modo siguiente:

«Pedi al Sr. Mario catorce duros de sueldo para mí y tres para mi hermana, que es el mismo que disfruté el año anterior en la Comedia; este modesto sueldo lo justifico con su trabajo; por lo tanto, el aumento mío se reduce á diez pesetas.»

«...No rehusé, repito, trabajar en todo lo nuevo con la Sra. Tubau, viéndolo con agrado que ella en sus obras de repertorio y yo en las mías, y luego unidas en lo nuevo, podíamos lucir *descansadamente* las dos, respetando los muchos años que lleva de actriz...»

Basta. La señorita Cobeña termina su carta dejando al público que haga comentarios.

Yo, aprovechando esta autorización, voy á hacer uno nada más:
Que ha tenido razón D. Emilio.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un principiante.—Comprenda usted que es completamente triste y completamente llorona. Y para un periódico festivo...

Del Gado.—No puedo aprovechar ninguna.

Sr. D. E. R.—Pero la primera condición de los pareados es que estén bien medidos.

Un excedente de cupo del 93.—Es de una tristeza que hace daño. Pero no el daño *estético*... ¿usted comprende?

Fray Colin.—El asunto se ha desarrollado de mejor manera diferentes veces. La palabra *arbitrariedad* no está bien aplicada en ese caso.

Un profano.—Las composiciones dedicadas al vecino que molesta tocando cualquier cosa... están fuera de la circulación. ¡Se hicieron tantas con tan infuisto motivo hace muchos años!

Mad. Severine.—Medianilla la forma. No se puede decir *Mari-Castaño*, aunque lo pida el consonante, porque es *Mari-Castaña*.

Sr. D. A. G.—Tampoco el romance es cosa mayor. Fíjese en que el verso «mas fué un día á comprar un mulo» es excesivamente largo.

Un entusiasta de la poesía alemana.—Pero ¿de veras ha hecho Heine alguna vez cosa parecida? Estoy por resistirme á creerlo.

Sr. D. G. B.—Todavía le quedan á usted algunos defectillos leves de forma, y la vulgaridad de los asuntos, que es lo más grave.

Sr. D. V. P.—No hay porfía posible porque estamos conformes. Lo que

yo quise hacer resaltar es la forzosa consecuencia de la pasión suelta y desenfrenada, tal como se sueña en momentos de extravío brutal en que se desea que las mujeres sean *cosas* al alcance de la mano. Es decir, lo contrario de lo que usted ha entendido, sin duda por no haberme yo explicado bien.

Q. Q.—¡Ay, ay, ay! ¡qué mal le han salido á usted casi todas las menudencias!

Carrerito.—Publicaré un cantar solo por complacerle. Allá va:

«Robaste á la luna su belleza
mejor dicho su esplendor
superándola en nobleza
y en extremado candor.»

Como usted mismo comprenderá, es lo único que no le habían llamado á la luna todavía noble y candorosa.

El abate Capuchina.—Son vulgares los trea. Y no se puede decir que esta vida es un burdel... porque burdel es una cosa fea.

Sr. D. J. V.—¿No le parece á usted un poquito inocente? Á mí sí.

¡Preca!—El asunto es algo repulsivo, sobre todo expresado así. Una advertencia: número no es asonante en *eo*, sino en *eo*.

Un poeta.—Que no se para en asonancias por cierto.

Sr. D. J. C. R.—Desgraciadamente tienen los mismos defectos que los anteriores. Es decir, no está bien medido casi ninguno.

Yo solo.—¡Ay, sí completamente solo. La Musa no se ha dignado ayudarme á usted poco ni mucho.

Sr. D. R. L.—¡Caracoles! Son demasiado atrevidas algunas frases. Sin contar con que el asunto no merece la pena.

Un mosquetero gris.—Todo medianillo. Al último verso:
«que me habías de hacer traición»

le sobra una sílaba precisamente.

Sr. D. N. G.—Deploro con toda mi alma repetir una vez más que no podemos admitir artículos.

Sr. D. M. G.—¡Hombre, por Dios! ¿Qué he de incomodarme por eso? No tengo el soneto á mano y no puedo demostrarle á usted mi afirmación. De lo que usted me manda hoy, los versos

«que a-bron-con-ma-chi-si-ma-pres-te-ra
de-jan do in-de-le-ble-mil-se-Ba-les»

tienen diez sílabas, y usted ha creído que tenían once. ¡Vea usted lo que son las cosas!

Sr. D. D. M.—Villagarcía.—Recibida y hechos los encargos.

Un aficionado.—Á escribir mal las palabras, por lo visto. Porque no se dice *ritmo*, ni *embuelta*, ni *sallar*, ni *ballete*... ni se debe hacer los versos tan largos como el último.

Ariosto II.—No versifica usted mal, no, señor. Los asuntos son los que pecan de vulgares.

T. T.—Huelva.—Digo á usted exactamente lo mismo.

Rosal.—¡Pero qué pesadísimo y qué remajagrandisimas es usted!

El bolo de la antigua.—¡Cál usted no es el auténtico. ¡El auténtico versifica mucho mejor, de seguro!

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
—
TAPIOCA—TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.